

Pandols los zapatos que un tal Jaime deshabilitó durante la batalla del Ebro.

En resumen, el señor Caruso puede sentirse satisfecho de haber tendido un puente de comunicación

Finalmente la Literatura le pudo al fútbol

La prensa especializada y des-especializada se quejaba, apenas unas horas antes, de que el Día del Libro barcelonés de 1975 era en realidad la invasión de una marabunta librera. Las listas de obras aparecidas más parecían página de guía telefónica que intento de balance entre informativo y crítico. Hay más editoriales que nunca, y la única posibilidad de sobrevivir es producir cuantos más libros mejor, así poder facturar y seguir produciendo cuantos más libros mejor, para así poder facturar y... etcétera etcétera. Cualquier añoranza de aquellos tiempos en que tres editaban cuatro carecería de sentido. El público soporta la lluvia de novedades interesantes un tanto aturrido, y sólo abre el paraguas cuando se le acaba el dinero o cuando la mente se le bloquea por la imposibilidad de asimilar nuevas propuestas intelectuales.

Rodríguez Ocaña, el obrero que no llegó a ser concejal, presentaba su obra: **Candidato de los trabajadores**. Nuria Pompeia situaba su **Mujercitas** frente a **El varón domado**, de Esther Vilar. Carandell y Perich volvían a la palestra del «best-seller» con **Vida y milagros** de

entre dos situaciones culturales desigualmente tratadas por la Historia y, sin embargo, igualmente colungantes en una decidida vocación de libertad, de futuro. ■ **M. VAZQUEZ MONTALBAN.**

Escrivá de Balaguer y el **Perichdiccionario**, prologado por Cela. Eduardo Pons Prades insiste en su cruzada personal en defensa de **Los republicanos españoles en la segunda guerra mundial**. Marsé reunía sus ásperos, desenfadados, amorosos retratos de **Señoras y señores**; Sixto Cámara, si señores, hasta Sixto Cámara, enviaba desde su refugio secreto madrileño un compendio depurado y mejorado de **La Capilla Sixtina**. Manuel J. Campo analiza la audiencia de **Simplemente María** entre la clase obrera. **Los Años de penitencia**, del penitente Barral; **Tiempo de destrucción**, de Martín Santos y su albacea Mainer. Las impresionantes **Tejas verdes**, de Hernán Valdés. **La España herolca**, del no menos heroico general Vicente Rojo. El matusero Gil-Robles, con su **Marginalia política**. Teresa Pamies, con sus novelas libres y sus novelas secuestradas. Cirici i Pellicer, con sus cuatro libros, cuatro, de los que sobresale su **Barcelona tendre**. Oriol Pi de Cabanyes, un joven escritor catalán que ofrece flores a los rebeldes que fracasaron. Eduardo Mendoza, el nuevo descubrimiento de la nueva narrativa hispánica, el novelizador de la Barcelona de la

huelga de la Canadiense. Los poemas completos de uno de los cuatro o cinco grandes poetas completos que sobreviven en Catalunya: Joan Vinyoli. Y Baudelaire. Y Rimbaud. Y Lenin. Y Jack London. Y el mariscal Zucov, biografiado por Preston Chaney. El «comic» **femenino en España**, de José Antonio Ramírez, una de las primeras obras en las que se trata seriamente lo que se había tomado casi todo el mundo en broma. Pedroló. Marià Janen. Espriu. Otro tomo de las obras no menos completas del completísimo Joan Fuster.

Y las que estaban anunciadas no llegaron: como el **Juan sin Tierra**, del Juan sin Tierra Goytisolo. O las que se deseaban y no se permitían, como el **Si te dicen que caí**, de Marsé, o **Recuento**, de Luis Goytisolo. A Marsé, mientras le pedían que firmara **Señoras y señores**, le guiñaban el ojo y le decían:

—Oiga, ¿y no tendrá bajo el mostrador **Si te dicen que caí**? Paganlo de lo que sea, por supuesto.

—Lo más que puedo hacer por usted es alquilarle el ejemplar mexicano que tengo.

Y NO LO PARECIA

Las estadísticas dicen el día 24 que ésta ha sido la Fiesta del Libro más lucrativa de la Historia. Nadie lo hubiera dicho cuando en la madrugada del 22 al 23, en la primera parada abierta, la del Drugstore, todos parecían más pendientes de los ingleses borrachos seguidores del Leeds, que de los escritores que afilaban el bolígrafo de las dedicatorias con un cierto escepticismo.

El partido del Barcelona con el Leeds condicionaba la actual Fiesta del Libro. A partir de las siete de la tarde terminaban las firmas y las ventas, según se temían los libros. Un diario había titulado en primera plana: «Un libro, una rosa, un gol», y si te encontrabas a Castellet firmando su último libro crítico sobre la literatura catalana, lo más probable era que te preguntara: «¿Ganaremos al Leeds?». Se esperaba que la victoria sobre el Leeds fuera algo así como la terminación de ese templo de paciencia que los barcelonistas han construido durante muchos años de satisfacciones

deportivas insuficientes. El partido se presentaba además en el cenit de dos o tres semanas de intensas actividades culturales y políticas, a caballo de Sant Jordi, el inexistente santo patrón de una Catalunya existente.

Bajo un sol de abril portugués, con la arrolladora manifestación pacífica de miles de niños apoderados de la ciudad de los libros y las rosas, los seguidores del Leeds superaban la resaca de la primera borrachera para llegar en forma a la segunda. En sus rostros se leía una cierta perplejidad. Como si no entendieran el código secreto de una ciudad llena de libros, flores, sol y niños portadores de «comics» de Tarzán y **Memorias** de Pablo Neruda bajo el brazo. Deambulaban los ingleses con sus bufandas y sus himnos colgantes y recurrían a toda la fe de este mundo para agitar sus banderas ante los paneles donde se anunciaban presentaciones de libros.

Hacia las siete de la tarde, como si hubiera sonado un clarín en la bóveda celeste, muchas firmas quedaron a medio hacer, muchos libros a medio pagar, muchas oraciones simples sin terminar. Toda la ciudad se puso en marcha hacia los receptores de televisión o hacia el estadio del Fútbol Club Barcelona. Ya saben ustedes lo que pasó. Al acabar el partido, las banderas estaban medio gachas, y un rumor, casi silencio reflexivo, orlaba la inmensa cabeza de la multitud que volvía a casa. No todos volvieron a casa. Tres mil aún tuvieron fe para ir a Canaletes con pancartas y banderas. Bajaron por Las Ramblas gritando «Visca el Barça!» y «Visca Catalunya!». En las librerías era la hora del recuento de las ganancias. La literatura gana. El fútbol pierde. A aquellas horas, los niños barceloneses empezaban a dormir y su sueño era una confusión de personajes entrañables: Cruyff publicaba **Confieso que he vivido**; Neruda marcaba un gol en una portería inmensa y lenta; Tarzán salta al encuentro del vacío colgado de una bandera del Barça y en busca de una bandera catalana.

Es decir: A pesar de todo, la vida sigue. ■ **M. VAZQUEZ MONTALBAN.**

CORDOBA

En la Feria del Libro, sólo libros

Después de la suspensión gubernativa de los actos culturales que se iban a celebrar en Sevilla el pasado mes de marzo con motivo de la Feria Nacional del Libro (y tan «nacional»), la historia ha vuelto a repetirse en Córdoba. Por lo visto, en las Ferias Nacionales del

Libro, lo único que están permitidos son los libros, a ser posible nacionales, o todo lo más sobre republicanos españoles, pero en la segunda guerra mundial.

Cuando estaban montadas las casetas en los jardines de la Victoria, muchos pensaban que la Feria quizá

